El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

La niña perdida

El Paseo Editorial

el paseo | narrativa

El Paseo Editorial

José Ibáñez

La niña perdida

XXIII Premio de Novela Universidad de Sevilla

El Paseo Editorial

el paseo, 2019

Universidad de Sevilla
ucicus
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Esta novela, *La niña perdida*, de José Ibáñez, resultó ganadora del XXIII CERTAMEN DE LETRAS HISPÁNICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA «RAFAEL DE CÓZAR» (AÑO 2017/18), en la modalidad de NOVELA, tras deliberación celebrada el día 27 de octubre de 2017, en la sede del Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla (CICUS), por un jurado presidido por Luis Méndez Rodríguez, director general de Cultura y Patrimonio de la US, y formado por Rafael Valencia Rodríguez, Juan Eslava Galán y Eva Díaz Pérez.

El Paseo Editorial

© José Ibáñez, 2019
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2019
www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: mayo de 2019

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: Deculturas, S.C.A.
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-949760-5-6
DEPÓSITO LEGAL: SE-913-2019
CÓDIGO BIC: FA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

A Concha Ayora,
las veces que navegué en tus ojos.

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

Contenido

UNO. Trabajo	13
DOS. Nerea	35
TRES. Colores	49
CUATRO. Rocío	62
CINCO. Familia	67
SEIS. Orientación	74
SIETE. Carlos	85
OCHO. Teléfono	90
NUEVE. Perdida	100
DIEZ. Infinito	108
ONCE. Francia	117
DOCE. Anaïs	122
TRECE. Convivencia	126
CATORCE. La francesa	131
QUINCE. El Goya	135

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

En la habitación todo estaba tan silencioso e inmóvil que pareció un hecho desmesurado
lo que acaeció inesperadamente,
y que sin embargo no fue nada.
De pronto, sin moverse lo más mínimo,
aquella muchacha abrió los ojos.

Seda, *Alessandro Baricco.*

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

UNO. Trabajo

El lunes llegaba la muchacha. Ella no la había solicitado. Todo había sido idea de su hermano Carlos. En realidad, Nerea no necesitaba la ayuda de nadie, pero nunca le había hecho caso a su hermano y pensó que por una vez no iba a morirse. Así que le dio el capricho. Se dejaría ayudar por una chica que sí podía ver. Quizás le mostrase a la cuidadora su propia dependencia. De todos modos, no la conocía, ella no tenía culpa de nada, no la podía responsabilizar de la sobreprotección a la que Carlos siempre estaba dispuesto a someterla. La chica solo vendría a hacer su trabajo. Por lo que sabía, era una jovencita de pueblo recién llegada a la ciudad. Una universitaria de primer curso. Seguro que podía mostrarse amable con ella. Sí. Se haría un poco la torpe para justificar su trabajo. Sí, quizás confundiera la sal con el azúcar. Esas cosas que la gente que puede ver piensa que son típicas de los ciegos.

El timbre sonó a las siete y cuarto de la mañana. Llegaba con puntualidad. Eso le gustó. Nerea abrió la puerta y esperó a que la visitante dijera algo. Durante

El Paso Editorial

unos segundos ambas se miraron expectantes. Nerea con sus ojos perdidos, sus ojos ciegos que miraban en la dirección equivocada, uno proyectado en un nivel superior, casi escondiéndose bajo la manta opaca del párpado, un ojo en el que la esclerótica restaba protagonismo al iris extorsionado por una capa blancuzca de invidencia casi total, mientras que el otro en su perfecta alineación cósmica, con el iris de un verde hierbabuena, parecía indicar que a su lado algo iba mal. En realidad, ninguno de los dos funcionaba del todo. Así había sido siempre y desde niña Nerea se había mirado, con dificultad y con asombro, tratando de discernir la verdad entre manchas informes de colores que nadie podía imaginar. La chica, en cambio, miraba con unos ojos oscuros muy pequeños, con timidez, un poco asustada, aunque Nerea no supo nada acerca de todo esto. La joven no había mirado nunca de frente a una persona invidente. Estaba impresionada. No sabía qué decir.

—Supongo que habrá alguien ahí —dijo Nerea, que en un gesto de torpeza visual fingida extendió la mano para reconocer a su interlocutora callada.

—Sí, lo siento. Estoy un poco nerviosa —contestó la chica alejando su vientre de la mano de Nerea.

Tenía una voz melosa. A pesar de los nervios, hablaba despacio. Como si cualquier palabra que saliese de su boca fuese verdaderamente necesaria. A Nerea todo eso le gustó. Los matices comunicativos

El Paseo Editorial

que fue capaz de extraer de aquella primera frase le hicieron sentirse bien. Siempre le habían gustado las voces sosegadas. A eso ella lo llamaba *calma sonora*. De modo que la cosa empezaba bien, a pesar del largo silencio de un rato antes. La puntualidad y la voz tranquila jugaban a favor de la *enfermera*. En realidad, la chica no era enfermera, pero Nerea había decidido llamarla así desde que su hermano le planteó la idea de contratarla. Había resuelto no comentárselo a la interesada, pero seguiría usando el mote en privado. Sabía que aquello, a pesar de que la divertía secretamente, era una falta de educación y se sonrojó al pensarlo. Por lo que dijo entonces, la chica debió de haberlo notado.

—Te has puesto roja. ¿He dicho algo que no debía?

—No, no. Para nada. Estaba pensando en mis cosas. Los ciegos somos muy de pensar. Como no podemos ver, usamos más la mente.

—¿En serio?

—No lo sé. Me lo acabo de inventar —respondió Nerea añadiendo a sus palabras una sonora carcajada. Todavía su ayudante no conocía su enorme sentido del humor.

—¿Puedo pasar? —preguntó la muchacha.

—Claro. ¿Dónde están mis modales? He debido de dejarlos por ahí, como no puedo verlos. Esa es otra característica de los ciegos.

A la chica se le escapó una risita espontánea, sin-

cera, pero se tapó la boca para que Nerea no la escuchase reír.

—Puedes reírte —dijo Nerea como si fuese capaz de leer su mente—. He hecho un chiste.

La muchacha se rio en silencio. Nerea se apartó y esperó a que pasara. Luego cerró la puerta y la siguió, sin ninguna dificultad, como si pudiera verla.

En realidad, la percibía. Le gustaba usar esa palabra. La llevaba utilizando desde niña. Fueron sus padres los que se la enseñaron. Una vez le dijeron que ella tenía la percepción más desarrollada que el resto de la gente. Así que, gracias a su capacidad de percepción, a años de ensayo y error y al mapa mental de su casa que había creado para sí misma, Nerea podía caminar libremente sin tropezar con ningún obstáculo y sabiendo siempre dónde, más o menos, se situaba su vergonzosa visitante. Entendió que la *enfermera* aún seguía de pie y que no tomaría la decisión de sentarse sin su permiso expreso.

—Puede sentarte.

—Gracias.

—En el sofá rojo. Me dijeron que era rojo cuando lo compré. Dios, dime que no me engañaron. No quisiera tener que imaginármelo de otro color a partir de ahora.

—Es rojo —respondió la chica sobrepasada por las continuas bromas que Nerea era capaz de hacer sobre sí misma.

El Paseo Editorial

—Menos mal —dijo Nerea fingiendo alivio. Hizo una pausa mientras se sentaba en el sillón que había frente al sofá rojo—. Bien, no sé qué te habrá contado mi hermano. Puedes estar segura de que te mintió en todo. Es un maldito mentiroso. No sabes la de veces que se salvaba de una reprimenda cuando éramos niños echándome la culpa a mí. Me echaba la culpa de todo. Yo derramaba la leche en la cocina, yo pasaba al lado de los vasos y los tiraba al suelo con el codo, yo dejaba caer al perro en la piscina… Todo era fruto de mi invidencia. Qué hijo de la gran puta. No sabes cómo nos queremos. Pero eso no quita que mi hermano sea un cabronazo.

—Solo me dijo que necesitabas ayuda y que viniera hoy a las siete y media.

—Pero has llegado antes.

—Suelo ser puntual.

—Eso me gusta. ¿Dónde te han educado?

—¿Cómo dices?

—Nada, era otra broma. Yo no soy tan formal como tú. Ya te habrás dado cuenta. ¿Traes un cuaderno?

—Sí.

—Anota esto, querida; a los ciegos nos dejan hacer lo que nos dé la gana. Tenemos inmunidad, igual que los viejos y los enfermos. Pero no somos ni una cosa ni la otra. Al menos yo, que soy una madurita interesante y estoy más sana que una manzana. ¿Lo has anotado?

El Paseo Editorial

—¿Tengo que hacerlo? —preguntó la joven mientras tomaba nota.

—Sería divertido.

—Lo estaba haciendo. Ojalá pudiera enseñártelo… ¡Oh, mierda! Lo siento. Lo siento —se apresuró a pedir perdón pensando que Nerea se habría molestado por su torpeza lingüística.

—¡Coño! Al fin en esta santa casa se pronuncia una palabrota sin necesidad de que tenga que salir de mi boca. No sabes lo aburridas que son las conversaciones con mi hermano. Tan correcto él. Perdona, quizás estoy siendo demasiado deslenguada para ser nuestro primer día.

—Está bien. Solo que no me esperaba que fueses así.

—¡Ah! —exclamó Nerea pegando un brinco que asustó a la chica—. ¿Cómo esperabas que fuera?

—Más…

—¿Más…?

—Dependiente.

—No me has visto manejarme por la casa —exageró Nerea pensando en los deseos de su hermano—. Que tenga un buen sentido del humor y que sepa reírme de mí misma no significa que no necesite ayuda. Me vas a venir muy bien. Ya lo verás.

—Espero hacer bien mi trabajo.

—Vale. Voy a explicarte el plan del día. Tengo que irme a trabajar. Los cupones no se venden solos… —Notó el silencio. Comprendió que Carlos no le

El Paseo Editorial

había comentado nada—. En realidad, soy actriz. Trabajo con la voz. Grabo voces para programas de radio y algunos anuncios de televisión. No todos los ciegos vendemos cupones.

—Ahora que lo dices, me suena tu voz.

—Lo más conocido que he hecho ha sido un programa de radio —aclaró sin mostrar orgullo por su trabajo.

—Sí. Tú das las pistas en el concurso de *Radio 6*. Trabajas en el programa de Willy Sanz.

A Nerea no le hizo ninguna gracia la referencia al presentador del programa en el que ella trabajaba.

—Solo me cruzo con él a veces. No estamos en el mismo estudio. Él graba su parte y yo la mía en horarios diferentes. Es un cretino. Me llama *la ciega*. Cree que no lo sé. Se pensará que, además de ciega, soy sorda.

—¡Oh, vaya! No tenía ni idea. Por la radio parece que es una persona encantadora.

—Porque es un hipócrita, cariño, pero te digo yo que no. Por cierto, ¿cómo te llamas? Llevas diez minutos en mi casa y todavía no sé tu nombre.

—Rocío.

—Como la Virgen —exclamó Nerea.

—No, como el rocío de la mañana. Mi padre era jardinero.

—Pero todo el mundo pensará que te llamas así por la Virgen.

—Ya, pero no me importa explicarlo.

—Te lo acabas de inventar, ¿verdad?

—Claro —dijo Rocío riéndose—. Yo también sé contar chistes.

—Puede que nos llevemos bien tú y yo.

—Tu hermano Carlos me dijo que te llamas Nerea.

—También puedes llamarme Anaya. Como más te guste.

—¿Anaya?

—Es mi apellido.

—Ah, claro.

—Como los libros de texto.

—Sí —dijo Rocío rememorando mentalmente su infancia—. Yo a los libros Anaya les ponía una ce mayúscula delante y los convertía en libros «CAnaya».

—Pero eso está mal escrito —protestó Nerea.

—¿Y qué más da? Era divertido. ¿Tú escribes… como yo?

—Sí, escribo con un teclado cosas que luego imprimo en braille y también… como tú. Te escribiré notas, ya lo verás. Evidentemente, solo soy capaz de leer en braille. Mi mente aún no es tan poderosa.

—¡Dios! —Rocío se sorprendió ante su propia brusquedad—. Perdona, pero ¿cómo hiciste para aprender?

—De la misma forma que con el resto de cosas: a ciegas —respondió Nerea llenando el salón con una carcajada maliciosa.

El Paseo Editorial